

## LA ECONOMIA VINICOLA DE TENERIFE EN EL SIGLO XVII: RELACION ANGLOESPAÑOLA EN UN COMERCIO DE LUJO.

La mayor parte del terreno de las siete islas Canarias o es árido o predominantemente montañoso. Pero a lo largo de la costa norte de Tenerife, a la cota de 500 metros (altura límite para el cultivo del azúcar, vino y plátano), se retrae hacia el interior (en La Orotava casi 5 kilómetros). Ya en el siglo XVII estas estrechas pero fértiles laderas, dispuestas en forma de terrazas para evitar la erosión del suelo y adecuadamente regadas por las precipitaciones y los manantiales, constituyeron una importante contribución a la riqueza exportadora del Archipiélago.

En 1600 Tenerife contaba con el 62% del total de impuestos recaudados por comercio en Canarias y su cuota creció hasta casi un 90% en 1688. Igualmente, la población del Archipiélago estaba concentrada mayormente en Tenerife. Se puede estimar que el censo de las siete islas creció de 35.000 habitantes en 1587 hasta 93.000 en 1678 y que más de la mitad de los isleños vivían en Tenerife en esta última fecha.

El crecimiento de la población tinerfeña y su predominante participación en el comercio del Archipiélago fueron el resultado de ventajas geográficas de una parte y de otra, también, de la victoria del esfuerzo humano sobre los obstáculos del terreno. Los vientos y las corrientes reinantes hacían dificultoso el viaje de regreso de Canarias a Europa. Por ejemplo, la flota sevillana del monopolio comercial a América, durante el siglo XVI seguía la ruta de Co-

Con el mismo título que aquí reproducimos el investigador George F. Steckley, del Knox College illinois de Boston (EE.UU.) ha publicado en la Revista de Historia Económica un documento trabajo sobre la economía vinícola de la isla de Tenerife en el siglo XVII, importante capítulo en el pasado económico del Archipiélago. Apareciendo en su justo valor el interés de este estudio nos parece muy adecuado ofrecerlo a nuestros lectores en traducción castellana.

lón, paraba en la parte occidental del Archipiélago; pero rara vez regresaba a Sevilla o Cádiz vía Canarias. Las Azores se convirtieron en las **Canarias del retorno** para las flotas americanas. Todavía en el siglo XVI las islas incrementaban su papel de meros avitualladores de los barcos con destino a América, aunque vinculaban su actividad exportadora al ritmo de los más veteranos y amplios mercados europeos en el Norte. Cientos de barcos zarparon de Europa rumbo a los puertos canarios y regresaban al Norte luchando contra los predominantes vientos del Noroeste y resistiendo el gris y pegajoso tiempo de los aires marinos, a fin de llevar el rico producto tinerfeño a los antiguos y estables mercados europeos.

Los registros de impuestos, los de los puertos y las cartas comerciales, que no se han investigado en los anteriores estudios sobre la economía canaria, revelan que dicho comercio fue estimu-

lado por el crecimiento de una gran metrópolis al Norte en el siglo XVII y que luego fue menguando a causa de la competencia, la guerra y los burócratas mercantilistas a comienzos del siglo XVIII.

### ECONOMIA VINICOLA

El primer producto importante que ofreció Tenerife a Europa fue el azúcar. Los comerciantes capitalistas genoveses que habían financiado la conquista castellana del Archipiélago de manos de los nativos guanches en los años 1490, imitaron a los productores portugueses de azúcar de Madeira y cultivaron las laderas norte de Tenerife. Pero este azúcar canario, al igual que el madeirense, no podía competir con las enormes cantidades del producido en Brasil, más barato, y que comenzó a arribar a los mercados europeos a finales del XVI. Hacia 1650 el azúcar de las Indias Occidentales se vendía en los mercados londinenses a la mitad de precio que el proveniente de Canarias y ya en aquella época Tenerife se había convertido en la principal isla vinícola del Atlántico.

En la vendimia de 1674, según reza un informe, 150 barcos anclaron en la costa norte de Tenerife a la espera de cargar los exquisitos vinos, estimados en todo el mundo. Los príncipes de las Indias Orientales preferían el regalo de un excelente vino canario a cualquier otro presente que pudieran llevarles los comerciantes europeos. Los vinateros

londinenses lo describían como el mejor producto de sus bodegas. Y el precio parecía proporcionado con la estima del vino en 1670, cuando los máximos oficiales por barril en el mercado de Londres eran los siguientes.

Canario, Alicante, moscatel	36 libras
Secos, Málaga	32 libras
Francés	18 libras

La variedad selecta del vino canario era el malvasía, que los ingleses conocían como "malmsey". Precisamente cuando el azúcar saltó de las islas hacia el este a través del Mediterráneo, la uva malvasía, que se había dado anteriormente en Chipre y Morea, especialmente cerca del puerto de Monevasia, avanzó hacia el oeste, atravesando el sur de España, para fundamentar las bases de la viticultura de Tenerife. Viera y Clavijo, el historiador canario del siglo XVIII, insistía en que Tenerife sólo producía dos variedades de vino de la uva malvasía: un vino seco verdoso de una parte y, de otra, un licor púrpura que se obtenía cuando se dejaba que la uva se pasase en la propia vid. Sin embargo, las cartas comerciales apuntaban la existencia de una tercera variedad, un vino dulce blanco, que, comercialmente, era la clase más importante en el siglo XVII.

El malvasía tinerfeño no era un vino de inmediato consumo, sino que se debía esperar un año después de la vendimia. El vino con un año o dos se vendía muy barato.

Y, hasta finales del siglo XVII, el proceso de vendimia era el mismo: las uvas se cortaban y pisaban en septiembre; a principios de noviembre los mercados tenían los precios; y se apresuraban a cargar sus barcos para el viaje hacia el norte. Un año en que las lluvias retrasaron la cosecha los comerciantes, en su precipitación por no perder el mercado, cargaron sus vinos "todavía fermentando, y teniendo que pisarlos de nuevo". La velocidad de los barcos era sumamente importante, ya que el vino blanco canario era susceptible de estropearse en el viaje hacia el Norte, en los mares invernales.

## Durante aquel siglo Inglaterra fue el mercado exclusivo del Malvasía isleño

En el siglo XVIII, los consumidores de este vino de lujo estaban dispuestos a pagar los precios en continua alza. La figura 2 muestra que el precio del malvasía en las islas crecía constantemente mientras que el índice general de precios permanecía muy estable.

Hay, además, indicios de que los vinateros capitalistas tinerfeños estaban dispuestos a explotar todo terreno utilizable a fin de satisfacer la creciente demanda y de que se desprecupaban de que la suerte de las islas dependiera de una sola buena cosecha.

Ya a finales del siglo XVI las viñas se extendían desde las fértiles riberas de Tegueste al Este hasta Buenavista en el Oeste. Entre estos puntos, el valle de La Orotava, con su tierra de suaves laderas, era el área de más intenso cultivo. Pero, por lo que se ve, la población creció a lo largo de toda la costa Norte, y a principios de 1630, se pidió al Obispo de Canarias que crease nuevos beneficios en ciudades vinícolas tales como Icod, Realejos y San Juan de la Rambla, donde se necesitaban más confesores.

Tras cubrir los límites geográficos, los productores sólo podían incrementar las cosechas invadiendo tierra dedicada a otros cultivos, con más riesgo que si la dedicaran a cereales. Y desde la década de 1640 hasta finales de siglo, los oficiales reales mantuvieron lo que parecía una batalla perdida contra los

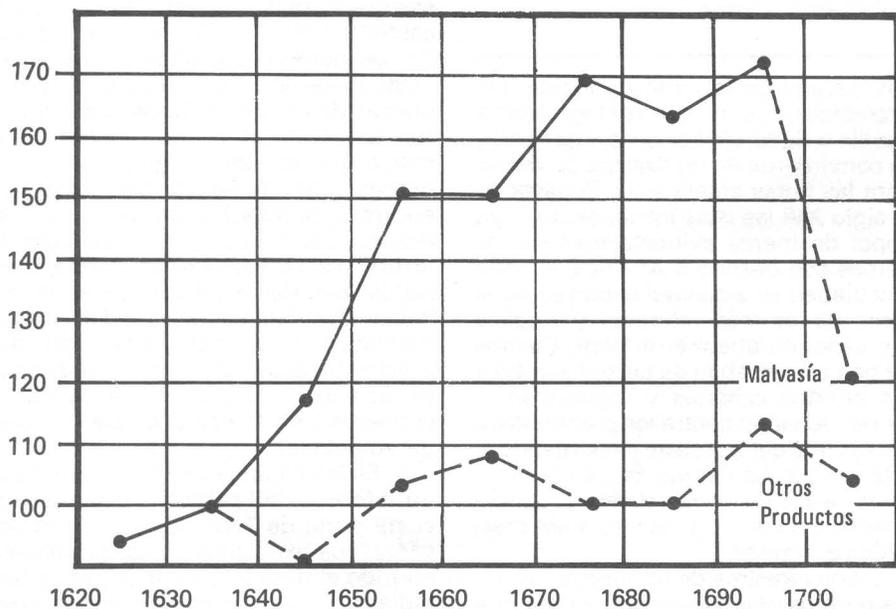
viticultores que invadían las tierras de cereales, de pastos, e incluso, las de la hacienda real con miras a incrementar la producción vinícola. Se encuentra ahí la evidente causa de las repetidas crisis de recursos de subsistencia en la isla, que fueron apropiados por los exportadores de vinos. Incluso en 1699 el capitán general de Tenerife, que utilizaba personal militar en la importación de trigo, se quejaba de que "cada día se encuentra menos grano, ya que los productores continuamente extienden los cultivos más provechosos de vid".

Algunos contemporáneos afirman que la expansión de la economía vinícola permitió a Tenerife producir anualmente alrededor de 30.000 pipas (15.000 toneladas) a principios del siglo XVII. Pero los registros de los puertos y de aduanas de la época, recogidos en la tabla I, indican que era mucho menor el volumen de vino exportado. Las estimaciones del siglo XVI y finales del XVII se basan en los registros de puerto y en las cuentas de los almojarifazgos, 6% de impuesto tanto sobre importaciones como sobre exportaciones. Las cifras aplicadas a 1636 corresponden a una estimación de la época del total anual de exportación, mientras que las de 1671 se basan en un cálculo contemporáneo del total anual exportado a Inglaterra. Como los datos de finales del siglo XVII no incluyen las exportaciones a las Indias, he añadido 2.000 pipas por año, que era la concesión anual del Archipiélago en el monopolio y que, como comentaré más adelante, es una estimación razonable de la exportación al Oeste y al Sur de la época.

Son, por supuesto, sólo estimaciones basadas en registros oficiales, pero parecen sugerir que la economía vinícola de Tenerife crecía en el siglo XVII. La exportación anual de 10 a 12.000 pipas, especialmente malvasía, fue sin duda la más alta en el Archipiélago. Como comparación aclaratoria, la exportación de vino de Tenerife doblaba a la de Madeira y excedía, probablemente, la de Fayal, sus más enconados rivales en la exportación vinícola de las islas del Atlántico.

A finales del siglo XVI el éxito económico de Tenerife dependía de las exportaciones de vinos. A fin de asegurar la prosperidad a lo largo del XVII los viticultores tenían que vender alrededor de un millón de pipas, un volumen que requería que un promedio de 50 barcos de 100 toneladas cada uno anclara anualmente en el Archipiélago. Un registro de Garachico de 1574 indica que en los primeros años los barcos transportaban vino a tres mercados principales: las Indias, entendiéndose por tales la América española y portuguesa; Portugal y el Cabo Verde portugués; y los mercados del Norte de Francia, Países Bajos e Inglaterra. Pero a lo largo del siglo XVII, los viticultores canarios en-

INDICES DE PRECIOS DE MALVASIA Y 14 PRODUCTOS DE CONSUMO EN TENERIFE 1620 - 1710  
Periodo base 1630 - 39



## El comercio de los vinos cayó definitivamente en el primer cuarto del siglo XVII

John Wilkins, un médico inglés, vino para atender a sus compatriotas que vivían lujosamente en las laderas norteñas de Tenerife. Esclavos negros cumplían sus recados y ejecutaban las tareas domésticas. Importaban vinos franceses y renanos que, junto al oriundo malvasía, se bebían asiduamente en sus mesas. Cuando Henry Isham, un comerciante inglés que fue el primer residente en usar un carruaje en la isla montañosa, adquirió su vehículo los gobernadores españoles se apresuraron a imitarle encargando coches a Londres y un capitán general se las ingenió para conseguir una nueva carretera alrededor de Santa Cruz con el propósito de tener un sitio idóneo para conducir su coche importado.

Pero semejante ritmo de vida sólo podía ser disfrutado por ingleses y canarios si los comerciantes continuaban solucionando los complejos problemas del comercio de vino, especialmente el de asegurar el cambio adecuado por la compra de cientos de toneladas de vino. Los comerciantes británicos se beneficiaban de este cambio importando diferentes productos a Tenerife. Sus barcos transportaban aceite de oliva y papel de los puertos del Mediterráneo, latón de Flandes, bacalao de Terranova, sardinas de Galicia y de Occidente, y toneles desde Irlanda y Nueva Inglaterra. Un exportador inglés ignoraba que la época heroica de España había pasado ya a mediados del siglo XVII y que un lote de 200 espadas y empuñaduras permanecía oxidándose e invendible en Tenerife. Como los viticultores habían invadido los terrenos de granos, los ingleses importaban trigo de Inglaterra, Francia, Países Bajos, Azores y Nueva Inglaterra para prevenir la inanición en las repetitivas crisis de subsistencia.

Sin embargo, como en la mayor parte de sus intentos comerciales del siglo XVII, los ingleses trataron de obtener a cambio del producto local la venta de tejidos. Mientras que Thomas Nichols comerciaba con los tradicionales productos ingleses a cambio de azúcar en el siglo XVI, en la centuria siguiente los británicos vendieron a los canarios novedades en pañería, géneros de lana, estambres finos y toscos y diversas telas teñidas de un arco iris de colores. En 1694 y 1695 los quince primeros comerciantes ingleses manejaban el 75% de todos los artículos importados en el Puerto de la Cruz, con mucho el más bullicioso y activo de los puertos canarios, y sus importaciones de tejidos sumaban el 60% del total.

Pese a sus inmejorables esfuerzos, sin embargo, los ingleses no podían vender suficiente lana y productos similares en la cálida Tenerife con los que poder pagar el vino que importaban. La balanza de pagos se desequilibró, lo que planteó un problema de liquidez al comerciante individual, especialmente agravado por el alto precio del vino de lujo. En la década de 1640, cuando una pipa del vino más fino valía sólo 4 libras en Madeira, el comerciante inglés tenía que pagar alrededor de 10 libras por cada pipa de malvasía embarcada en Tenerife.

En esta situación, John Turner, un residente británico que embarcaba anualmente a Londres 1.000 pipas en la década de 1640, tuvo que encontrar casi 400.000 reales canarios (unas 10.000 libras) a fin de hacer negocios. Sólo podía pagar con telas y otros productos la mitad de dicha cifra; el resto tenía que pagarlo al contado o con créditos extranjeros. Las cartas de Turner de 1647 revelan el elaborado esquema que urdía el comerciante inglés para obtener ganancias en el intercambio. En primer lugar, Turner ordenaba a sus socios que enviasen créditos por 200.000 reales a Sevilla. Entonces los socios londinenses, a través de un agente en Madrid, enviaban un documento que permitiera a Turner recaudar impuestos reales en Tenerife por un total de 220.000 reales. Turner tendría que recaudar los impuestos en moneda canaria, que difería de la castellana, y remitía su valor al Gobierno en la Península por medio de una letra de cambio girada contra los créditos que su compañía había establecido en Sevilla. Aunque el documento de los socios de Turner fue rechazado en Madrid y este proyecto en

concreto fracasó, otros comerciantes ingleses en esta centuria manejaban el pago de impuestos canarios a Madrid enviando letras de cambio libradas sobre socios ingleses en la Península y reservando el exclusivo sistema monetario canario para las compras de vino en Tenerife.

Para conseguir el dinero local idóneo para este lujoso comercio se requerían complicados arreglos. Y como el tráfico crecía, el problema de desequilibrio y cambio persistía. En 1650, un londinense avisaba a sus socios en Tenerife: "El comercio canario será tan apreciado este año que me consta que en el próximo habrá más de veinte nuevas firmas comerciales, de ahí la necesidad de que se pague algo a los isleños y que la mitad de todos los esfuerzos económicos se dirijan a Sanlúcar (para proveer créditos de cambio para sus compras de vino en las islas)".

Si los oficiales del gobierno insular daban limitadas oportunidades a los comerciantes ingleses para formalizar su crédito peninsular, por su parte, los eclesiásticos que tenían que enviar sus impuestos religiosos o los viticultores que querían invertir en los juros, debían aceptar también crédito en la Península. Es difícil imaginar que los comerciantes de vino ingleses residentes escamotearan dinero de las islas, como recientemente se ha sugerido, puesto que necesitaban todo el dinero canario de curso legal que pudieran obtener en orden a cerrar sus compras de vino. Un inglés sin escrúpulos llegó a aceptar 60.000 reales que habían sido confiscados a sus compatriotas en las islas durante la guerra angloespañola de la década de 1650; remitió el valor por medio de una letra de cambio a los oficiales encarga-

## La elevación de los impuestos y la competencia de los vinos peninsulares desplazó al vino canario en el mercado de Londres

ESTIMACION DE LA EXPORTACION DE VINO DE TENERIFE, 1585 - 1725

Tabla I

Años	Vinos en pipas de 1/2 Tn.	Promedio	Malvasía en pipas de 1/2 Tn.	Promedio
1585-1600		8,504		
1636	10,000			
1671	11,130		8,400	
1681	12,000		8,500	
1688	12,000		8,500	
1690	10,552		7,268	
1692	11,950		8,457	
1693	10,039	10,037	6,833	6,859
1694	10,299		7,037	
1695	7,529		4,700	
1725	4,026		3,704	

## LA ECONOMÍA VINICOLA DE TENERIFE EN EL SIGLO XVII: RELACION ANGLIOESPAÑOLA EN UN COMERCIO DE LUJO.

dos de las represalias en tiempo de guerra en Madrid, y se guardó el dinero canario para sus compras de vino en Tenerife.

La historia de la Compañía Canaria, una pequeña tentativa por parte de los ingleses para monopolizar el comercio, fue, de hecho, un episodio que reflejó tanto el dominio inglés como el problema del intercambio. En marzo de 1665, 71 londinenses obtuvieron una escritura de constitución que en su preámbulo planteaba el problema que venimos comentando.

Pero la Compañía tuvo sólo una corta y atormentada existencia. Los habitantes de la zona occidental y de Dublín objetaron a la exigencia de que los miembros fuesen hombres libres de la ciudad de Londres. En Tenerife los viticultores estaban indignados por los elevados precios de las ropas y los bajos precios del vino, señalados por la Compañía. Reunidos en un Cabildo abierto acordaron no vender más vino a Inglaterra y pidieron al capitán general que expulsase a los cinco ingleses representantes de la Compañía en las islas. Cuando unos pocos cosecheros de Garachico pactaron acuerdos comerciales en secreto con los comerciantes ingleses en julio de 1666, un gentío de varios cientos de hombres enmascarados echaron abajo las puertas de las bodegas y derramaron el vino en las calles. A finales de octubre el gobierno español ordenó a todos los ingleses abandonar las islas a lo que respondió el gobierno inglés prohibiendo la importación de vino canario.

Pero después de un año de embargo, la Cámara de los Comunes acordó que la Compañía Canaria era ilegal y un agravio. El Consejo Privado derogó el estatuto en septiembre de 1667 y dio los pasos necesarios para el restablecimiento del comercio con Canarias. En octubre, el Cabildo de Tenerife daba la bienvenida a los comerciantes ingleses que regresaban y los viticultores les ofrecieron un plan para regular el precio del vino y de los vestidos.

Se ha argumentado que la actuación de los monopolistas ingleses, en sólo dos años, dañó irreparablemente la economía vinícola de Tenerife, que los viticultores estaban arruinados y que los británicos se inclinaron rápidamente por otros vinos de postre, especialmente el Oporto. Pero los datos tanto canarios como ingleses demuestran lo contrario. El año siguiente a la disolución de la Compañía, se gravó más vino tinerfeño en Londres que en cualquier otro año anterior, salvo uno, según los registros. El embajador de Venecia informó desde Londres en 1669 que los comerciantes ingleses "nunca dejarían el vino francés ni el canario, que es tan estimado que se pagan en este país precios extravagantes. Y los registros portuarios tanto canarios como londinenses muestran que los comerciantes ingleses aún exportaban grandes cantidades de vino isleño en la década de 1690. (Ver fig. 3 y cuadro 2).



Vista de Icod de los Vinos

El éxito de esta relación finalizó con el siglo. Hubo, indudablemente, problemas en las tres últimas décadas; pero el más serio de ellos, el repetido del intercambio, reflejó más bien la fuerza de la demanda inglesa de vino tinerfeño, más que su declinar. Josiah Child analizó la situación a finales de los años de 1660:

"Entiendo que el comercio con los vinos canarios es el más pernicioso para Inglaterra porque aquellas islas consumen pocos productos nuestros, pescado o cualquier otro artículo inglés:... la mayor parte de los vinos que traemos se compran al contado; estimo, por lo tanto, que se debe hacer algo a fin de obligar a aquellos isleños a vender sus vinos más baratos (cada año aumenta su precio) o, incluso, disminuir su consumo en Inglaterra".

Sin embargo, los ingleses seguían bebiendo vino canario y el problema del desequilibrio de la balanza de pagos continuaba a finales de siglo. Los registros aduaneros de Londres señalan que las exportaciones a las islas alcanzaron una media de 47.000 libras anuales entre 1697 y 1701, mientras que las importaciones desde Canarias, casi en su totalidad vino, alcanzaban unas 86.000 libras. Muchos barcos fueron en lastre a buscar vino. Además del problema del intercambio, el comerciante inglés tenía una nueva queja a finales de la centuria: el aumento de los impuestos en Londres. Entre 1660 y 1670, no pagaba más que 4.10 libras por cada pipa de vino canario importado, lo que suponía un 12% del precio bruto de venta, pero en 1685 el impuesto se duplicó hasta 10.10 libras. Y cuando el Parlamento solicitó medios económicos para sufragar la guerra contra Luis XIV, el impuesto subió en 1697 a 12.15 libras, y en 1702 a 15 libras, casi el 50% del precio bruto de venta. A finales de siglo varios comerciantes canarios debían a la aduana londinense grandes cantidades por impuestos, y un veterano del comercio, debiendo hacer frente a una enorme factura, declaróse en bancarrota. Las contabilidades de los comerciantes canarios de vino señalan que entre 1640 y

1690 los altos precios del vino y los bajos de los vestidos en las islas, combinados con los elevados impuestos londinenses, redujeron a la mitad el porcentaje de beneficios.

Si los impuestos disminuyeron los márgenes de beneficio, indudablemente la competencia también produjo los mismos efectos. En la década de 1660 cuando Carlos II y Pepys bebían vino canario, el Oporto era prácticamente desconocido en Inglaterra. Pero hacia 1680, los vinos del Alto Duero, donde los comerciantes ingleses habían fomentado la producción con miras a la exportación, comenzaron a desplazar otros vinos, incluidos los canarios, del mercado de Londres. Entre 1692 y 1696 se gravaban en Londres tanto el Oporto como el canario y a principios del siglo XVIII las facturas de sir Robert Walpole, referidas a vino blanco, reflejaban una mayor preferencia por el primero. Quizás lo más importante sea que los viticultores peninsulares estaban produciendo un vino de una suavidad parecida a la de los canarios, en el siglo XVIII, y la importación total en Inglaterra de vino español crecía, mientras que declinaba la del isleño.

No sólo ocurría que aumentaba la aceptación de los vinos peninsulares como sustitutos de los canarios, sino que además el equilibrio de la balanza de pagos con la Península estaba pensado para beneficiar ostentosamente a los ingleses, ya que los comerciantes no podían quejarse ahora de que tenían que pagar en efectivo los lujosos vinos de Oporto, Málaga y Jerez.

El golpe de gracia fue la Guerra de Sucesión española. El comercio anglo-canario había sobrevivido dos veces las interrupciones de la guerra a lo largo del siglo XVII. Sin embargo, tras la guerra los ingleses comenzaron a marcharse paulatinamente de las islas a principios del siglo XVIII y pocos serían los que volvieron a Tenerife. En esta ocasión ya no había esperanzas de sustanciosos beneficios como para tentarles a regresar cuando se firmara la paz. La mayor parte de los residentes ingleses escapó de Tenerife en 1704 en dos barcos que

contraron dificultades en la mayoría de tales áreas y se vieron forzados a contar con un único puerto en ultramar que absorbiese la parte del león de su exportación de vino.

Más de un tercio del vino registrado en los libros del puerto de Garachico de 1574, se destinaba a las Indias, españolas y portuguesas. Tomando tal proporción como representativa y usando como base el total recaudado por aduanas, se puede deducir que Tenerife exportaba anualmente alrededor de 3.000 pipas de vino a todos los mercados americanos a finales del siglo XVI. Pero hay razones para creer que los envíos a América Central y del Sur a finales del siglo XVII apenas excedían, si lo hacían, las 2.000 pipas autorizadas por los oficiales de Indias en Sevilla. Lo más seguro es que las ventas a la América portuguesa declinaran precipitadamente cuando Madeira, Pico y Fayal desarrollaron un animado comercio de vinos de mesa hacia el Oeste. En la segunda mitad del siglo el vino de Madeira dominaba probablemente el mercado de Brasil, mientras que los cosecheros peruanos y chilenos producían cantidades que excedían la demanda local. Entre 1681 y 1710 la media de los pocos barcos registrados que navegaban a las Indias españolas vía Tenerife, transportaban sólo 30 toneladas de vino, cantidad que representaba menos de la mitad del tonelaje total fletado en las islas.

También fracasaron los viticultores tinerfeños en su intento de obtener acceso inmediato a los mercados coloniales ingleses a través del Atlántico. Un agente británico en Barbados infor-



## Más de ciento cincuenta comerciantes ingleses se establecieron en la isla en aquella época

maba en 1661 que los residentes se sentían "más inclinados por los vinos de Madeira". Y dos años más tarde, el Acta de Productos Primarios prohibió el tráfico directo entre Europa y los puertos coloniales británicos, quedando específicamente exento el tráfico de vinos portugueses provenientes de las islas. Existe alguna evidencia de contrabando desde Tenerife. Pero mientras que las referencias a los vinos de Fayal aparecen de forma regular en los registros de Boston de 1680, son raras las de los canarios. Los comerciantes de vino no

lograron convencer al fiscal general inglés de que las Canarias eran africanas, no europeas, pese a que persistieron en sus enconados esfuerzos hasta 1737, cuando el astrónomo Edmund Halley fue convocado por las autoridades comerciales inglesas para que ofreciese su opinión científica acerca de la ubicación de las islas.

Los viticultores de Tenerife sólo podían esperar una contracción en los mercados peninsulares portugueses tras la ruptura política de 1640 y la aparición de Oporto como el primer puerto vinícola de Europa. Para esperar una mayor demanda en Francia era preciso transportar carbón a Newcastle. Y, aunque los puertos holandeses del Báltico eran fuentes proveedoras de trigo para Tenerife, las ciudades desde Amsterdam hasta Danzig absorbían poco vino al regreso, aparentemente. A Gaspar Clayssen, un capitán que llevó grano de Middelburg a Canarias en 1611, le ordenaron sus armadores que a cambio del trigo únicamente aceptara dinero y sólo en última instancia vino. Ni los registros portuarios de Tenerife de la década de 1690 ni los registros de seguros daneses dan indicación alguna de que hubiese envíos importantes de vino canario a los puertos holandeses o del Báltico en el siglo XVII.

Así, pues, durante dicha centuria, algunos de los antiguos mercados canarios de vino se estancaron y las islas portuguesas demostraron ser unos competidores capaces y eficientes para los nuevos mercados americanos de vino. Aun así, Tenerife exportaba más que Madeira o Fayal. Tal prosperidad y expansión de la economía vinícola tinerfeña fue posible sólo porque contaba cada vez más con un mercado, Inglaterra, y con un tipo de vino, el selecto malvasía. Joseph Williamson, un influyente burócrata inglés con aguda visión para los temas comerciales, observaba en 1677: "En cuanto a nuestra necesaria dependencia comercial (de España),...

### PRINCIPALES EXPORTADORES DE VINO EN EL PUERTO DE LA CRUZ (1690 y 1693)

1690		1693	
Comerciantes	Pipas	Comerciantes	Pipas
1. Christopher Francis	957	1. Christopher Francis	898
2. Robert Davies	736	2. Mark Proudfoot, Sr. and Jr.	731
3. Mark Proudfoot, Sr.	684	3. John Meade	620
4. John Whitton	659	4. Joseph Taylor	524
5. Matthew Robin	560	5. Bernard Walsh	504
6. John Meade	531	6. Robert Davies	382
7. Joseph Taylor	427	7. John Whitton	333
8. Edmund Thornehull	419	8. Edwart Nutt	333
9. Valentine Enys	406	9. Willians Pouldon	320
10. Willians Pouldon	356	10. Matthew Robin	308
11. Patrick Walsh	213	11. Edmund Thornehull	295
12. Richard Wescomb	199	12. Lorenzo Rodríguez Lindo	262
13. Lorenzo Rodríguez Lindo	158	13. Valentine Enys	211
14. Samuel Swan	157	14. Ambrose Roope	164
15. Pedro de la Campa	147	15. John Lorking	149
16. Charles Peard	108	16. Charles Peard	138
17. Edmund Smith	104	17. Francis Hopper	129
18. James Trollop	84	18. William Este	93
19. John Lorking	84	19. Samuel Swan	79
20. Ambrose Roope	67	20. Diego de Arias	64
<b>Total de comerciantes</b>	<b>7.056=97%</b>	<b>Total de comerciantes</b>	<b>6.537=96%</b>
<b>Total de vino exportado</b>	<b>7.268</b>	<b>Total de vino exportado</b>	<b>6.833</b>

Fuente: Santa Cruz, Hacienda, E10/1,3; Registros Portuarios de Puerto de la Cruz, 1690 y 1693.

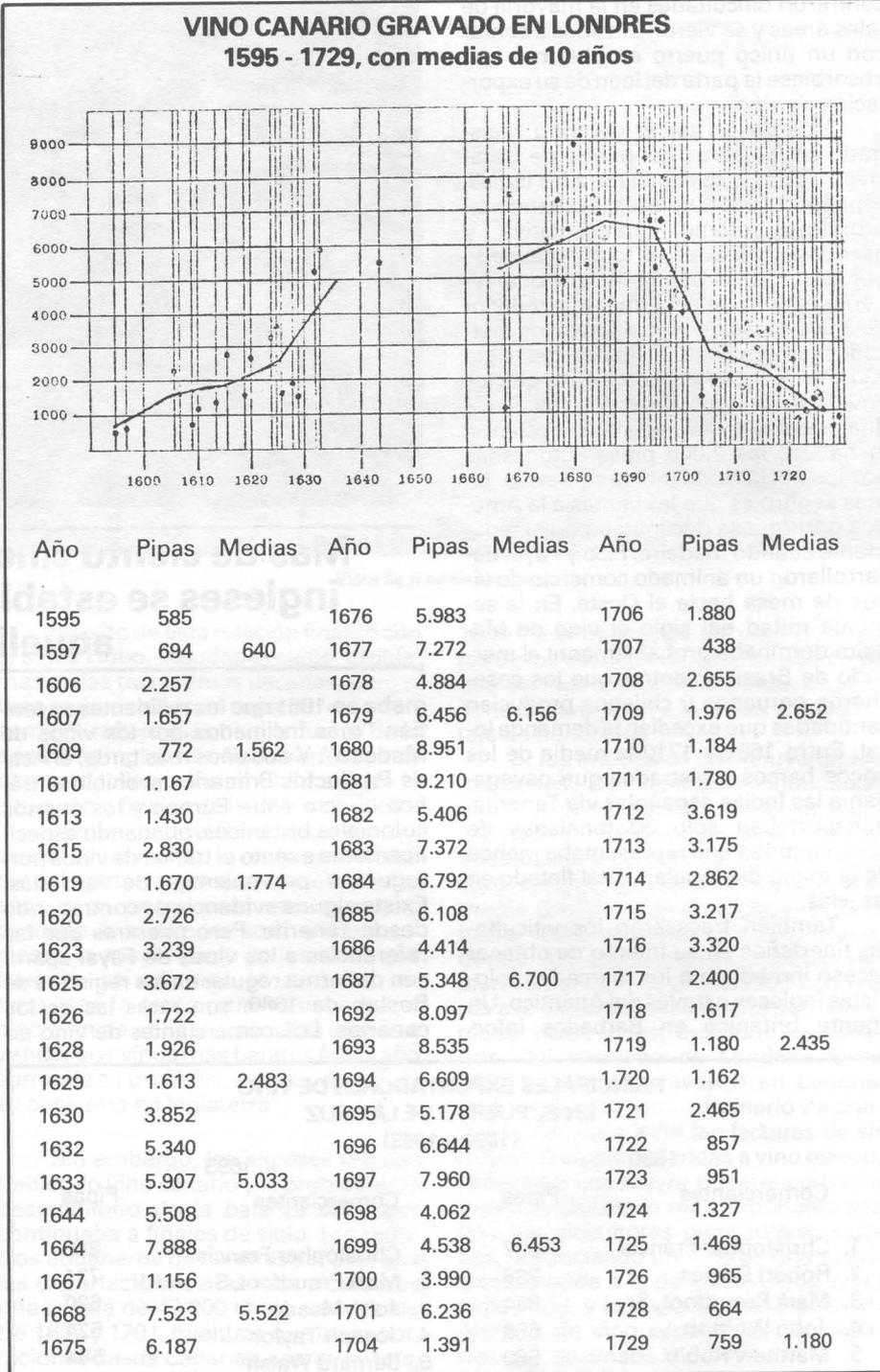
## Repetitivas crisis de subsistencia en Tenerife en los siglos XVII y XVIII

en algunas cosas ellos dependen más de nosotros, como en el caso de Canarias ya que exportan todo su vino a Inglaterra. De modo que los isleños se rebelarían si España prohibiese a los ingleses tal comercio”.

Las estadísticas referidas a las importaciones londinenses de vino canario en el siglo XVII (ver fig. 3) confirman el juicio de Williamson, mostrando una línea ascendente a lo largo del siglo. Un incremento importante se produjo en 1630, cuando el malvasía canario, ya alabado por laureados poetas ingleses como exquisito, alcanzó una gran cota de consumo en la metrópoli británica, motivando que James Hossel indicara en 1634: “Creo que se importa más vino canario en Inglaterra que en el resto del mundo. Cuando se comenzó a importar Sack y vino canario, se utilizaba sólo en dosis como si se tratara de *aqua vitae* y en determinadas circunstancias; pero ahora recorre las gargantas jóvenes y viejas como si fuera leche”.

Los oficiales de aduanas gravaron 5.508 pipas de vino en Londres en 1644, lo que sugiere que la Guerra Civil no dañó seriamente el entusiasmo de los mercaderes londinenses o de los bebedores. Y John Paige, un importador de Londres cuyas cartas a sus socios en Tenerife describen un comercio activo a finales de los 1640 y principios de los 1650, envió una lista de 40 barcos con una capacidad total superior a las 6.000 toneladas y que fueron fletados para la vendimia canaria de 1649. Se produjo una interrupción durante la guerra de Cromwell con España, desde 1655 a 1660, cuando los residentes británicos huyeron de Canarias tras la intervención de sus tierras. Pero se restableció un bullicioso comercio en los años de 1660 y las importaciones alcanzaron su máxima cota probablemente en 1680, cuando se gravaron, como término medio, unas 6.700 pipas por año en Londres. Este volumen se mantuvo alto en los 1690 y los habitantes de Weymouth confundieron la “Flota Canaria” con una escuadra de buques de guerra navegando Canal arriba.

Al comparar las cifras de importaciones en Londres y las estimaciones de exportaciones anuales en la isla, se puede suponer que la mayor parte del malvasía tinerfeño se comercializaba a través de Londres, casi la mitad a principios de los 1630 y aproximadamente las dos terceras partes en los 1690. En 1681 los oficiales aduaneros gravaron el suficiente vino canario como para llenar 4,5 millones de botellas de un cuarto. El aumento del precio del malvasía en Tenerife y la prosperidad económica de la isla habían llegado a depender peligrosamente de las pacíficas relaciones entre España e Inglaterra, de la predilección



de los ingleses por un vino más caro y de los suficientes beneficios como para tentar a los comerciantes británicos a un comercio que presentaba cada vez más dificultades con el paso del tiempo.

Muchos comerciantes ingleses fijaron su residencia en Canarias durante el siglo XVI. El más destacado fue Thomas Nichols, nacido en Gloucester, quien en 1556 reunió a otros dos compatriotas en el Archipiélago a fin de administrar los negocios de tres comerciantes londinenses. Cuando no estaba embarcando azúcar desde Tenerife, o cortejando a la hija de un notario canario, o languideciendo en las cárceles de la Inquisición acusado de herejía, Nichols traducía libros del español al inglés y escribió una pequeña descripción de las islas, publicada por vez primera en 1583 y editada posteriormente por Hakluyt.

Pero el número de ingleses se incrementó más en el siglo XVII. He identificado 158 comerciantes británicos que residieron en las islas entre 1600 y 1730, y los archivos indican que la factoría inglesa crecía en la década de 1630, justamente en el momento en que los oficiales portuarios de Londres registraban una subida en el flujo del tráfico de vino hacia el Norte. En 1639 los oficiales de Tenerife hacían un llamamiento a los “comerciantes ingleses y demás extranjeros” para que ayudasen en los festejos religiosos. En 1640, tras la rebelión portuguesa, los canarios contrataron con ingleses avituallamiento y armas.

Pocos comerciantes británicos vivían en Gran Canaria y La Palma; la mayoría se concentraban en Tenerife y no era raro que tuviesen dos casas, una en la capital, La Laguna, y otra en la Orotava, en medio de los viñedos, cerca del bullicioso Puerto de la Cruz. En 1653

ondeaban los colores de la flota danesa, abandonando en sus bodegas del Puerto de la Cruz, vinos por un valor de más de 8.000 libras. Durante la guerra, al laureado poeta Naham Tate se le dieron 30 libras al contado en lugar de la pipa de vino canario a la que tenía derecho.

John Crosse Jr., uno de los pocos ingleses que permanecieron en Tenerife, consiguió el cargo de cónsul danés y recibió a unos pocos barcos ingleses, malamente camuflados, en el Puerto de la Cruz. Según Crosse, los comerciantes de otras nacionalidades (holandeses, hamburgueses y especialmente franceses) se fueron haciendo cargo del comercio. Los franceses controlaban la reexportación del tabaco americano desde las islas y los pescadores de St. Malo sustituyeron a los ingleses como proveedores de bacalao de Newfoundland. Pero los franceses no tenían necesidad del exquisito vino de Tenerife.

Tras los edictos de neutralidad de 1705 las autoridades inglesas permitieron, una vez más, la importación de vinos en Londres. Pero pocos comerciantes británicos vieron esto como una provechosa oportunidad, y el tráfico de vinos nunca volvió a alcanzar sus primitivas cotas. Un oficial en Tenerife se lamentaba en 1717 de que las flotas dedicadas al vino no lo embarcaban ya como en años anteriores; de que los comerciantes que venían, compraban vinos a precios abismalmente bajos; y de que, como consecuencia, los viticultores estaban arruinados. En lugar de la en otro tiempo impresionante flota canaria, una variada colección de barcas con una capacidad de 30 a 50 toneladas, transportaron trigo a las islas procedente del Oeste del país y de Irlanda, llevándose sólo una parte del vino antiguamente consumido por los ingleses.

John Crosse Jr. se quedó en las islas, ahora como cónsul británico, y trató de involucrar el interés de su Gobierno en el comercio. Se quejaba de

que sólo tres protestantes habían regresado a Tenerife desde la guerra y de que la factoría británica estaba dominada por católicos irlandeses que, en connivencia con las autoridades españolas, gozaban de especiales privilegios en las islas. Crosse afirmaba que los irlandeses ignoraban sus edictos consulares, se negaban a pagar los impuestos que les señalaba y de que alentaban a los oficiales españoles a discutir con la factoría británica. Cuando se reanudaron las hostilidades entre España e Inglaterra en 1718, los oficiales canarios embargaron los bienes de Crosse, le reclamaron todos sus débitos, vendieron su biblioteca, ajuar y caballo. Hubiesen embargado incluso su ropa de cama y vestidos si no hubiese sido por la intervención del Obispo de Canarias.

A pesar de este trato recibido, Crosse continuó laborando por el resurgir del comercio. La relación anglo-canaria se había reducido de hecho a dos hombres, Crosse y el Marqués de Monteleón, embajador español en Londres, quien se unió al cónsul británico en sus presiones al Gobierno encaminadas a que éste acometiera una acción favorable al comercio. Sin embargo, sus cartas y gestiones personales fracasaron en el intento de convencer a las autoridades británicas. Afirmando que la balanza comercial favorecía a los ingleses, Crosse y Monteleón subestimaron las habilidades de los nuevos burócratas en la política aritmética. Los Comisionados para el Comercio y las Plantaciones recogieron las estadísticas relevantes de las aduanas oficiales en 1718 y demostraron, por lo menos para su propia satisfacción, que la importación de vino canario había continuado indeclinable a pesar de los aumentos en los impuestos ingleses. Culparon de los escasos beneficios en el comercio al creciente precio del vino en Tenerife. Se atrevieron a solicitar al monarca español que elevase los impuestos sobre los

productos ingleses en el Archipiélago, alegando que las Canarias no podrían subsistir sin el tráfico de vino con Londres. Y, finalmente, citando cifras de importación y exportación, rechazaron la afirmación de Monteleón de que la balanza comercial favorecía a los ingleses:

“Dado que la balanza de nuestro comercio con las Canarias ha sido con mucho desfavorable a Inglaterra, se deduce lógicamente que aquellas islas no merecen el favor y empuje que solicita para ellas el embajador español; ni tiene él ninguna causa justa para lamentarse de que su comercio esté totalmente arruinado; y puesto que los hechos en que se basa el citado memorial están desfigurados, los argumentos que se infieren de dichos hechos pierden su fuerza”.

La relación llegaba a su fin. Permitted a Tenerife tener voz con su riqueza vitícola en una historia de éxito económico que no era corriente en los dominios españoles durante el siglo XVII. Pero había sido una prosperidad precaria, y quizás poco distribuida, durante la cual Tenerife había llegado a depender del aprovisionamiento de trigo inglés y del gusto de los ingleses ricos por un vino de lujo. Mientras, en Tenerife, en 1676, Edward Barlow escribía: “Nuestros comerciantes trafican aquí más que ninguna otra nación... al ser la totalidad o la mayor parte de sus vinos transportados a Inglaterra, ya que otros países no están dispuestos a pagar su precio”. Pero los comerciantes ingleses, que veían gravados sus beneficios en el extranjero por su propio Gobierno, que encontraron una competencia en los vinos de la península en su propio país, y que sufrieron las represalias de la guerra en las islas, no estaban dispuestos a pagar más tal precio. En la década de 1730 el comercio anglo-canario presentaba por vez primera un saldo favorable a Inglaterra, pero sólo porque el caudal de lujoso vino canario había mermado hasta convertirse en un simple gotear. En Tenerife algunos intentaron el establecimiento de una gran compañía en la que participarían conjuntamente los viticultores y los comerciantes ingleses. Pero no se consiguió nada. La prosperidad vitícola de Tenerife no se recobró en el siglo XVIII. Y cuando Viera y Clavijo describe la economía insular en la década de 1770, tanto el presente como el futuro se presentaban sin esperanzas:

“El comercio de América (de nuestra América) es precario, odioso para Cádiz, cargado de prisiones, ruidoso para cosecheros y navegantes. El del Norte y Levante, escaso y casi enteramente pasivo. Crece el lujo. No hay minas, no hay industria, no hay fomento. La despoblación y dispersión es notable, pero precisa (...) No hay correo fijo de España. (...) El cielo niega muchos años las lluvias”.

**George F. Steckley**  
Knox College, Illinois (U.S.A.)

(Traducción de Mercedes Cofiño Fraga y Juan A. Martínez de la Fe)



Garachico, en el norte de Tenerife